

Proyecto de la fachada para la Compañía Ernsting Cosfeld-Lette

Westfalia. 1983-1985

En colaboración con Bruno Reichlin y Fabio Reinhart



Resultaba bastante curioso que el encuentro más interesante entre la arquitectura y la ingeniería al que se nos ha dado asistir haya tenido que ser una “decorated shed” que sigue a Robert Venturi. Efectivamente, el proyecto de Calatrava, Reichlin and Reinhart para la Compañía de Cosfeld-Lette en Westfalia se redujo a ponerle una fachada a un edificio industrial que, por lo demás, es un edificio convencional. Retomando algunas afirmaciones de R. Venturi a propósito de un aspecto inclusivo de la arquitectura, Bruno Reichlin avanzaba, hace algún tiempo, la hipótesis de una unión sincrética entre las teorías arquitectónicas divergentes de Rossi y Venturi. Esto fue una opción que el fervor borrominiano de Fabio Reinhart y el cientifismo naturalista de Santiago Calatrava —arquitecto e ingeniero— tuvieron el mérito de conducir en este edificio a un resultado de intensidad poco frecuente.

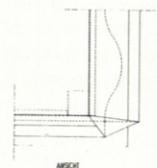
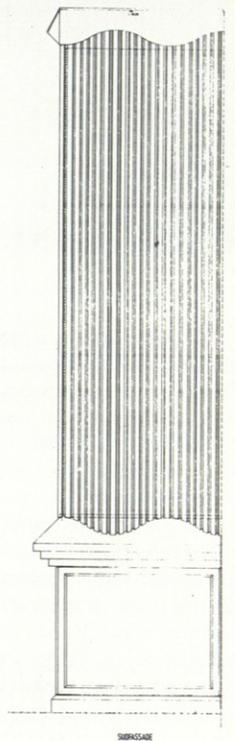
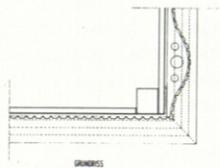
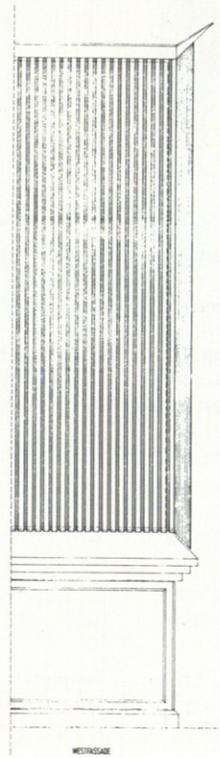
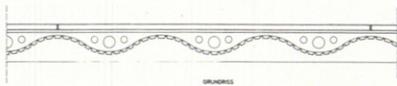
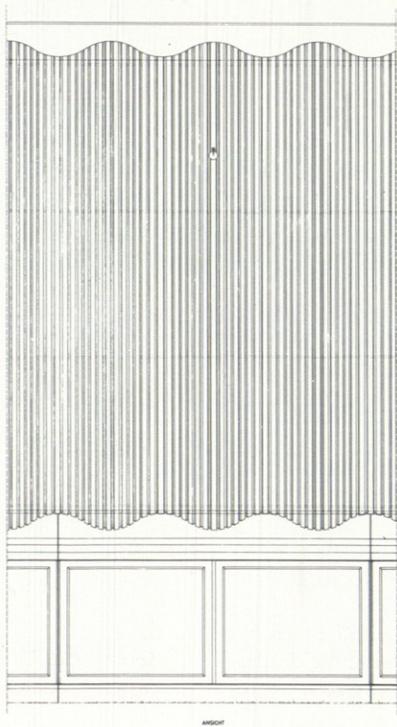
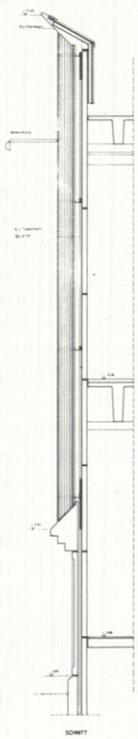
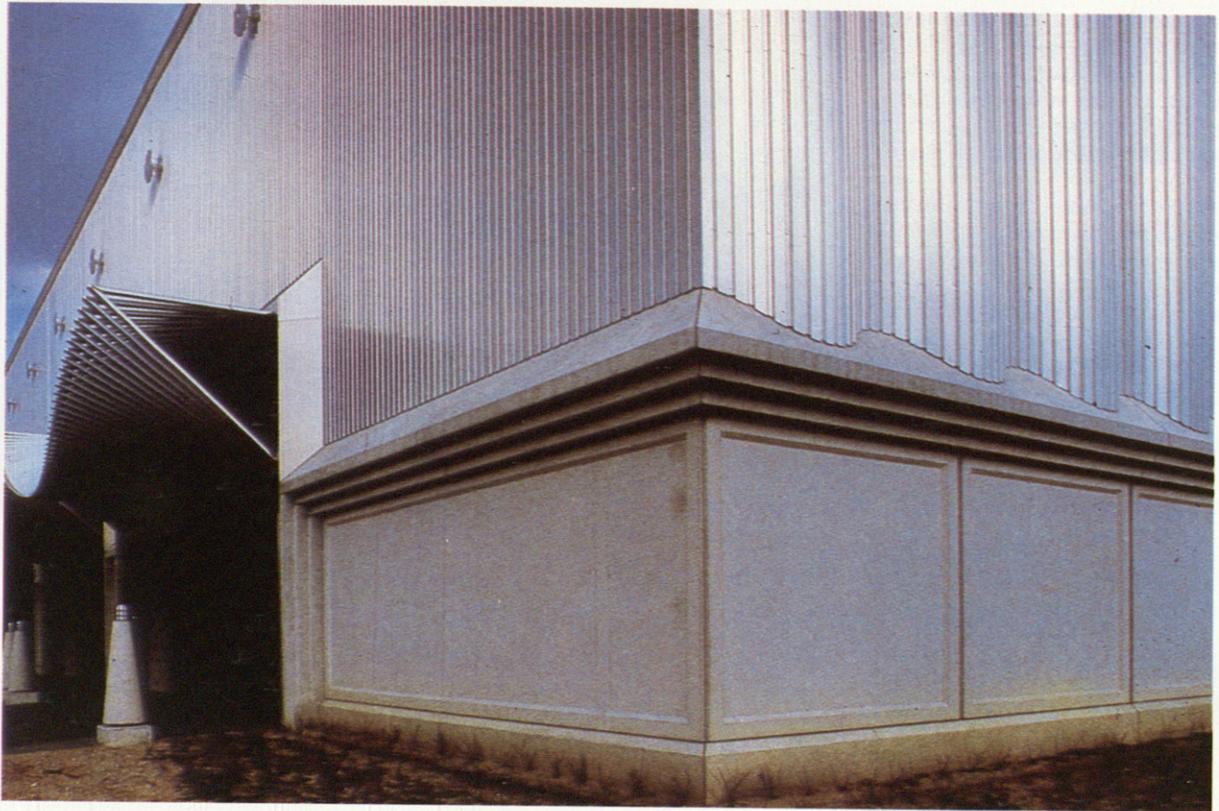
El exterior de este edificio industrial ofrece una imagen marcadamente diferenciada entre las diversas superficies de la fachada, mientras que muestran

las dos fachadas principales una gradación entre la severidad lombarda de la base de hormigón y el conceptualismo científico y escenográfico de las áreas superiores metálicas. Es cierto que el diálogo entre los colaboradores ha sido en esta ocasión bastante más armónico de lo que es usual cuando entran en relación ingeniería y arquitectura. Las estructuras móviles de las grandes puertas de entrada, el control mantenido por la aplicación de una refinada geometría proyectiva, el clasicismo behrensiano del conjunto y el contrapunto de “agudezas” (1) mecánico-surrealistas ya no pertenecen en absoluto a tesis inclusivistas que juegan a añadir “trouvailles” a los edificios. Nos encontramos frente a una sorprendente proliferación de descubrimientos que nos inducen a reflexionar en otros campos.

Podemos observar el esfuerzo de una nueva alianza entre ingeniería y arquitectura, una transgresión de la férrea dicotomía que ha dividido durante más de dos siglos el dominio de la construcción por la rivalidad entre arquitectos e ingenieros.

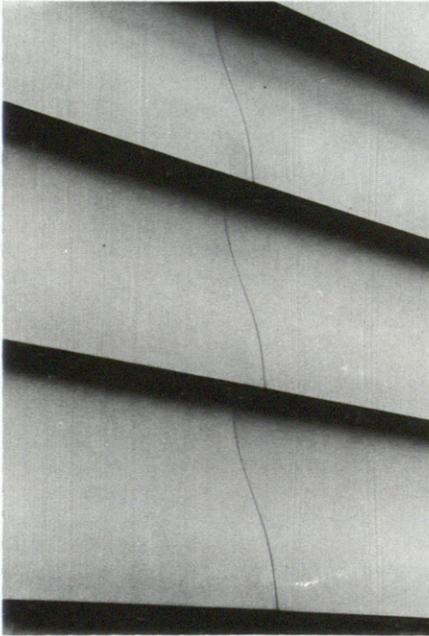
La premisa para la instauración de una relación distinta entre las dos partes ha de ser encontrada en la inhabitual forma de hacer de Santiago Calatrava, en las especialísimas fuentes en las que su ciencia hace posible un programa partiendo de formas naturales. Una anomalía cuyo origen parte precisamente del rechazo a centrar su búsqueda en la elaboración de sistemas con referencias propias, en la línea cotidiana de las actuales construcciones modulares que parecen presentarse a sí mismas como el objetivo final de conseguir la racionalidad de inteligencias artificiales. Sabemos que en lo concerniente a “nature” ha habido para cada gran era de la ciencia un modelo distinto: en el caso de la ciencia clásica fue el reloj; en el de la ciencia del siglo XIX —época de la revolución industrial—, fue un mecanismo en vía de extinción; en nuestros días, la naturaleza quizás vuelva a tener un significado de obra de arte.

Así, la ciencia estructural de Calatrava nos habla no tanto de una naturaleza robótica, sino de una naturaleza artística todavía cargada de misterios y



sorpresas, que no puede ser alcanzada mediante el cálculo puro y simple. La observación de los esqueletos de los animales suscita en esta búsqueda meditaciones y lucubraciones que se mantienen siempre por delante del universo de los cálculos.

Con Calatrava una ciencia de estructuras móviles produce una serie de configuraciones múltiples a través de los mecanismos que enlazan el concepto estático de ciencia con otro dinámico, un puente entre el ser y el llegar a ser. Citando a Ilya Prigogine: donde el tiempo no es un simple parámetro del movimiento (como en el futurismo), sino una medida de las evoluciones internas de un mundo en desequilibrio.



Si el encuentro entre la técnica de las construcciones modulares en vidrio de Paxton y el proceso de prefabricación ferroviario de Fox dio como resultado la construcción del Crystal Palace en 1851 —punto de partida de la actual tecnología de la arquitectura industrial—, podemos esperar que sea ahora el momento de un nuevo encuentro entre arquitectos e ingenieros en el alterado contexto de las ciencias y del pensamiento arquitectónico, con el redescubrimiento de la fertilidad de esta relación, que haría posible reasumir con medios nuevos el discurso sobre la antigua cuestión de construir.

Esto puede ser una esperanza válida siempre que la ingeniería renuncie a sus ilusiones de "extraterritorialidad" en relación con el conjunto de factores que comprende el arte de construir.

Pierluigi Nicolini

